

Landesbibliothek Oldenburg

Digitalisierung von Drucken

Vida Y Hechos Del Ingenioso Hidalgo Don Quixote De La Mancha

En Quatro Tomos

Cervantes Saavedra, Miguel de

Londres, 1738

Capitulo X. Donde se cuenta la industria que Sancho tuvo para encantar a la senora Dulcinea, y de otros sucessos tan ridiculos, como verdaderos.

urn:nbn:de:gbv:45:1-1659

milagrosos favores. Rabiava Sancho por facar à su amo del pueblo, porque no averiguasse la mentira de la respuesta, que de parte de Dulcinea le avia llevado à sierra Morena; y assi diò priessa à la falida, que fue luego; y à dos millas del lugar hallaron una floresta, ò bosque, donde Don Quixote se emboscò en tanto que Sancho bolvia à la ciudad à hablar à Dulcinea, en cuya Embaxada le sucedieron cosas, que piden nueva atencion, y nuevo credito.

CAPITULO X.

Donde se cuenta la industria que Sancho tuvo para encantar à la señora Dulcinea, y de otros sucesos tan ridiculos, como verdaderos.

LEGANDO el Autor desta grande historia à contar lo que en este capitulo cuenta, dize, que quisiera pasarle en silencio, temeroso de que no avia de ser creydo; porque las locuras de Don Quixote llegaron aqui al termino, y raya de las mayores que pueden imaginarse, y aun pasaron dos tiros de ballesta mas alla de las mayores. Finalmente aunque con este miedo y rezelo, las escribiò de la misma manera, que el las hizo, sin añadir, ni quitar à la historia un atomo de la verdad, sin darse nada por las objeciones, que podian ponerle de mentiroso; y tuvo razon, porque la verdad adelgaza, y no quiebra, y siempre anda sobre la mentira, como el azeyte sobre el agua; y assi profiguiendo su historia dize.

QUE



QUE assi como Don Quixote se emboscò en la floresta, encinàr, ò selva junto al gran Tobòso, mandò à Sancho bolver à la ciudad, y que no bolvièsse à su presencia, sin avèr primero hablàdo de su parte à su Señora, pidièndola, fuèsse servida de dexàrse vèr de su cautivo cavallero, y se dignàsse de echàrle su bendición, para que pudièsse esperar por ella felicissimos suceßos de todos sus acaecimiètos, y dificultosas empresas. Encargòse Sancho de hazèrlo assi como se le mandàva, y de traèrle tan buena respuesta, como le truxo la vez primera. Anda, hijo, replicò Don Quixote, y no te turbes quando te vières ante la luz del Sol de hermosura, que vas à buscàr. Dichoso tu sobre todos los escuderos del mundo! Ten en la memoria, y no se te passe della, como te recibe; si muda las colores el tiempo que la estuvières dando mi embaxada; si se defassossièga, y turba oyèdo mi nombre; si no cabe en la almohada; si à caso la hallas sentada en el estrado rico de su autoridad; y si està en pie, mirala, si se pone aora sobre el uno, aora sobre el otro pie; si te repite la respuesta, que te diere, dos ò tres vezes; si la muda de blanda en aspera, de azèda en amorosa; si levanta la mano al cabello para componèrle, aunque no estè desordenado: Finalmènte, hijo, mira todas sus acciones, y movimiètos; porque si tu me los relatàres como ellos fuèron, sacarè yo lo que ella tiene escondido en lo secreto de su coraçon, acerca de lo que al fecho de mis amores toca: Que hàs de sabèr, Sancho, si no lo sabes, que entre los amàntes las acciones y movimiètos exteriòres que muèstran, quando de sus amores se trata, son certissimos correos, que tràen las nuevas de lo que

que allà en lo interior del alma passà. Vè, amigo, y guèite otra mejor ventùra que la mia, y buèlvate otro mejor fucèssò del que yo quedo temièdo, y esperàdo en esta amarga soledad en que me dexas. Yo irè, y bolverè presto, dixo Sancho; y enfanche vueffà merced, Señor mio, effè coraçoncillo, que le deve de tenèr agora no mayor que una abellana; y confidère, que se fuele dezir, que buen coraçon quebrànta mala ventùra; y que donde no ay tocinos, no ay estacas. Y tambien se dize: Donde no piensa, falta la Liebre. Dìgolo, porque si esta noche no hallàmos los Palacios, ò alcaçares de mi Señora, aora que es de dia, los pienso hallàr quando menos lo piense; y hallados, dèxenme à mi con ella. Por cierto, Sancho, dixo Don Quixote, que siempre traes tus refrànes tan à pelo de lo que tratàmos, quanto me dè Dios mejor ventùra en lo que desèo.

ESTO dicho, bolviò Sancho las espaldas, y vareò su Ruzio, y Don Quixote se quedò à cavallo descansando sobre los estrivos, y sobre el arrimo de su Lança, lleno de tristes, y confusas imaginaciònes, donde le dexarèmos, yèndonos con Sancho Pança, que no menos confùso, y pensativo se apartò de su Señor, que el quedàva; y tanto, que apenas hùvo salido del bòsque, quando bolviendo la cabeça, y viendo que Don Quixote no parecia, se apeò del Jumento, y sentàndose al pie de un arbol, començò à hablar consigo mesmo, y à dezirse: Sepàmos aora, Sancho hermano, adonde và vueffà merced? Và à buscàr algun jumento que se le aya perdido? No por cierto. Pues que và à buscàr? Vòy à buscàr (como quien no dize nada) à una

una Princefa, y en ella al Sol de la hermosura, y à todo el Cielo junto. Y adonde pensàys hallàr effo que dezis, Sancho? Adonde? En la gran ciudad del Tobòfo. Y bien; y de parte de quièn la vàys à buscàr? De parte del famoso Cavallero Don Quixote de la Mancha, que desfaze los tuertos, y dà de comèr al que hà Sed, y de bebèr al que hà hambre. Todo effo està muy bien; y sabèys fu casa, Sancho? Mi amo dize, que han de sèr unos Reales palacios, ó unos sobervios alcaçares. Y avèysla visto algun dia por ventura? Ni yo, ni mi amo la avèmos visto jamas. Y parèceos, que fuèra acertado, y bien hecho, que si los del Tobòfo supiéssèn, que estàys vos aquí con intencion de ir à sonfacàrles sus Princefas, y à defassoffegàrles sus Damas, viniéssèn, y os moliéssèn las costillas à puros palos, y no os dexàssèn huéssò fano? En verdad, que tendrìan mucha razon, quando no consideràssèn, que sòy mandado, y que: Mensàgèro soys, amigo, no merecèys culpa, non. No os fièys en effo, Sancho, porque la Gente Manchega es tan colèrica como honrada, y no confiènte costillas de nadie. Vive Dios, que si os huèle, que os mando mala ventura. Oxe puto, allà daràs Rayo: No fino andeme yo buscàndo tres pies al gato por el gusto ageno; y mas, que assi ferà buscàr à Dulcinea por el Tobòfo, como à Marica por Rabena, ò al Bachiller en Salamanca. El diablo, el diablo me à metido à mi en esto, que otro no.

ESTE soliloquio passò consigo Sancho, y lo que facò del fuè, que bolviò à dezirse: Agora bien, todas las cosas tienen remedio fino es la muerte, debaxo de cuyo yùgo hèmòs de passàr todos, mal que nos pese, al acabàr de la vida,

yida. Este mi amo, por mil señales hè visto, que es un loco de atàr, y aun tambien yo no le quedo en çaga, pues sòy mas mentecàto que el, pues le figo, y le firvo, si es verdadèro el Refràn que dize: Dime con quien andas, dezirte hè quièn eres. Y el otro: no con quièn naces, fino con quièn paces. Sièndo, pues, loco como lo es, y de locùra que las mas vezes toma unas cosas por otras, y juzga lo blanco por negro, y lo negro por blanco, como se pareció, quando dixo, que los molinos de viento eran Gigantes, y las mulas de los religiosos dromedarios, y las manadas de carnèros, exercitos de enemigos, y otras muchas cosas à este tono; no ferà muy dificil hazèrle creèr, que una labradòra, la primera que me topàre por aquí, es la Señora Dulcinea; y quando el no lo creà, jurarè yo; y si el juràre, tornarè yo à juràr; y si porfiarè, porfiarè yo mas, y de manera, que tengo de tenèr la mia siempre sobre el hito, venga lo que vinière; quiçà con esta porfia acabarè con el, que no me embie otra vez à semejantes Menfagerias, vièndo quan mal recado le traygo dellas; ò quiçà pensarà, como yo imagino, que algun mal encantador destos que el dize, que le quièren mal, la avrà mudado la figura por hazèrle mal y daño.

CON esto que pensò Sancho Pança, quedò fofsegàdo su espiritu, y tuvo por bien acabàdo su negocio; y detenièndose alli hasta la tarde, por dár lugar à que Don Quixote pensàsse, que le avia tenido para ir, y bolvèr del Tobòso; sucediòle todo tan bien, que quando se levantò para subir en el Ruzio, viò que del Tobòso hàzia donde el estàva, venian tres labradòras sobre tres Pollinos, ò Pollinas (que el



Autor no lo declàra) aunque mas se puède creèr, que eran Borricas, por ser ordinaria Cavalleria de las aldeanas: Pero como no và mucho en esto, no ay para que detenèrnos en averiguàrlo.

EN resolucion, assi como Sancho viò à las labradòras, à passo tirado bolviò à buscàr à su Señor Don Quixote, y hallòle suspiràndo, y diziendo mil amorosas lamentaciones. Como Don Quixote le viò, le dixo: Que ay, amigo Sancho? Podrè sefialar este dia con piedra blanca, ò con negra? Mejor serà, respondiò Sancho, que vueffia mercèd le sefiale con Almagre como ròtulos de Catedras, porque le echen bien de ver los que le vièren. De esse modo, replicò Don Quixote, buenas Nuevas traes. Tan buenas, respondiò Sancho, que no tiene mas que hazer vueffia mercèd, fino picar à Rozinante, y salir à lo raso à ver à la Señora Dulcinea del Tobòso, que con otras dos donzellas fuyas viene à ver à vueffia mercèd. Santo Dios, que es lo que dizes, Sancho amigo! dixo Don Quixote. Mira, no me engañes, ni quièras con falsas alegrías alegràr mis verdaderas tristezas. Que facaria yo de engañàr à vueffia mercèd, respondiò Sancho, y mas estàndo tan cerca de descubrir mi verdàd? Pique, Señor, y venga, y verà venir à la Princesa nuestra Ama, vestida y adornada, en fin, como quien ella es: Sus donzellas y ella todas son una ascua de oro, todas Mayorcas de perlas, todas diamantes, todas rubies, todas telas de brocado de mas de diez altos: Los cabellos sueltos por las espaldas que son otros tantos rayos del Sol que andan jugando con el viento; y sobre todo vienen à cavallo sobre tres cananeas remendadas, que no ay mas que ver.

vèr. Hacaneas, querràs dezir, Sancho. Poca Diferencia ay, respondiò Sancho, de cananeas à hacaneas; pero vengan sobre lo que vinièren, ellas vienen las mas galanas Señoras, que se pueden deseàr, especialmènte la Princesa Dulcinea mi Señora, que pasma los sentidos. Vamos, Sancho hijo, respondiò Don Quixote, y en Albricias destas no esperadas, como buenas nuevas, te mando el mejor despojo que ganàre en la primera aventura que tuvière; y si esto no te contenta, te mando las crias, que este año me dièren las tres Yeguas mias, que tu sabes que quedan para parir en el prado concegil de nuestro pueblo. A las crias me atengo, respondiò Sancho, porque de sèr buenos los despojos de la primera aventura, no està muy cierto.

YA en esto salièron de la selva, y descubrièron cerca, à las tres aldeanas. Tendiò Don Quixote los ojos por todo el camino del Tobòso, y como no viò fino à las tres labradoras, turbòse todo, y preguntò à Sancho, si las avia dexado fuera de la ciudad? Como fuera de la ciudad? respondiò Sancho. Por ventura tiene vuestra mercèd los ojos en el colodrillo, que no vèe, que son estas las que aqui vienen, resplandecièntes como el mismo Sol à medio dia? Yo no vèe, Sancho, dixo Don Quixote, fino à tres labradoras sobre tres borricos. Agora me libre Dios del diablo, respondiò Sancho: Y es possible que tres hacaneas, ò como se llaman, blancas como el hampo de la nieve, le parezcan à vuestra mercèd Borricos? Vive el Señor que me pele estas barbas si tal fuèsse verdàd. Pues yo te digo, Sancho amigo, dixo Don Quixote, que es tan verdàd, que son borricos, ò borricas; como yo foy Don Quixote, y tu San-



cho Pança, alomenos à mi tales me parecen. Calle, Señor, dixo Sancho, no diga la tal palabra, fino despavile effos ojos, y venga à hazèr reverencia à la Señora de fus pensamientos, que ya llega cerca: Y diziendo esto, se adelantò à recibir à las tres aldeanas, y apeandose del Ruzio, tuvo del cabestro al jumento de una de las tres labradoras, y hincando ambas rodillas en el suelo, dixo: Reyna, y Princesa, y Duquesa de la hermosura, vuestra altivez, y grandeza sea servida de recibir en su gracia, y buen talante al cautivo Cavallero vuestro, que alli està hecho piedra marmol, todo turbado y sin pulsos, de verse ante vuestra magnifica presencia. Yo soy Sancho Pança su escudero, y el es el asfendereado Cavallero Don Quixote de la Mancha, llamado por otro nombre el Cavallero de la triste figura. A esta fazon ya se avia puesto Don Quixote de hinojos junto à Sancho, y mirava con ojos defencajados, y Vista turbada à la que Sancho llamava reyna y señora; y como no descubria en ella fino una moça aldeana, y no de muy buen rostro, porque era cariredonda, y chata, estava suspenso, y admirado sin osar desplegar los labios. Las labradoras estavañ assi mismo atonitas, viendo aquellos dos hombres tan diferentes hincados de rodillas, que no dexavan pasàr adelante à su compañera. Pero rompiendo el silencio la detenida, toda desgraciada y mohina dixo: Apartense nora en tal del camino, y dexenmos pasàr, que vamos de priessa. A lo que respondiò Sancho: O Princesa, y Señora universal del Toboso! Como vuestro magnifico coraçon no se enternèce, viendo arrodillado ante vuestra sublimada presencia à la coluna, y sustento de la andante
cava-



*In: Vanderbank inv: et delin.
Vol. 3. p. 84.*

Ger. VanderGucht sculp.



LANDES-
BIBLIOTHEK
OLDENBURG



cavalleria? Oyendo lo qual, otra de las dos dixo: mas yo que te estrego, burra de mi fuego: mirad con que se vienen los Señoritos aora à hazer burla de las aldeanas, como si aqui no supiéssemos echàr pullas como ellos. Vayan su camino, è dèxenmos hazèr el nueso, y ferles hà sano. Levantate, Sancho, dixo à este punto Don Quixote, que ya veo, que la fortuna, de mi mal no harta, tiene tomados los caminos todos por donde pueda venir algun contento à esta anima mezquina que tengo en las carnes. Y tu, ò estremo del valor que puede desfeàrse, termino de la humana gentileza, unico remedio deste affigido coraçon que te adora, ya que el maligno encantador me persigue, y hà puesto nubes y cataratas en mis ojos, y para solo ellos, y no para otros, ha mudado, y transformado tu sin igual hermosura, y rostro en el de una labradora pobre; si ya tambien el mio no le hà cambiado en el de algun vestiglo para hazèrle aborrecible à tus ojos no dexes de mirarme blanda, y amorosamente, echàndo de ver en esta sumission, y arrodillamiento, que à tu contrahecha hermosura hago, la humildad con que mi alma te adora. Toma que mi aguelo, respondiò la aldeana: amiguita soy yo de oyr resquebrajos. Apartense, y dèxenmos ir, y agradecèrselo hèmos. Apartose Sancho, y dexola ir, contentissimo de avèr salido bien de su enredo. Apenas se viò libre la aldeana, que avia hecho la figura de Dulcinea, quando, picando à su hacanea con un aguijon, que en un palo traÿa, diò à corrèr por el prado adelante; y como la borrica sentia la punta del aguijon que le fatigava mas de lo ordinario, començò à dàr corcobos de manera, que diò con la Señora Dulcinea en



en tierra: Lo qual visto por Don Quixote, acudiò à levantàr la, y Sancho à componèr, y cinchàr el albarda, que tambien vino à la barriga de la pollina. Acomodada, pues, la albarda, y querièndo Don Quixote levantàr à su encantada Señora en los braços sobre la jumenta, la Señora, levantàndose del suelo, le quitò de aquel trabajo, porque hazièndose algun tanto atràs, tomò una corridica, y puestas ambas manos sobre las ancas de la pollina, diò con su cuerpo, mas ligèro que un halcon, sobre la albarda, y quedò à horcajadas, como si fuèra hombre. Y entonces dixo Sancho: Vive Roque, que es la Señora nuestra ama mas ligèra que un acotan, y que puede enseñàr à subir à la Gineta al mas diestro Cordoves, ò Mexicano. El arçon trafero de la filla pasò de un salto, y sin espuelas haze correr la hacanea, como una cebra, y no le van en çaga sus donzellas, que todas corren como el viento; y assi era la verdàd, porque en vièndose à Cavallo Dulcinea, todas picàron tras ella, y disparàron à correr sin bolvèr la cabeça atràs por espacio de mas de media legua. Siguiòlas Don Quixote con la vista, y quando viò que no parecian, bolvièndose à Sancho, le dixo.

SANCHO, que te parece, quan mal quisto foy de encantadores; y mira hasta donde se estiende su malicia, y la ojeriza que me tienen, pues me han querido privar del contento que pudièra darme, ver en su ser à mi Señora? En efecto yo naci para exemplo de desdichados, y para ser blanco, y terrero donde toman la mira, y assestan las flechas de la mala fortuna. Y has tambien de advertir, Sancho, que no se contentaron estos traydores de aver buèlto,

buêlto, y transformado à mi Dulcinèa, fino que la transformaron y bolvièron en una figura tan baxa, y tan fea como la de aquella aldeàna; y juntamènte le quitàron lo que es tan fuyo de las principales Señoras, que es el buen olor, por andàr siempre entre ambares, y entre flores; porque te hago saber, Sancho, que quando lleguè à subir à Dulcinea sobre su hacanea, segun tu dizes (que à mi me pareciò borrica) me diò un olor de ajos crudos, que me encalabrindò, y atofigò el alma. O canalla? gritò à esta fazon Sancho: O encantadòres aciagos, y mal intencionados! y quien os vièra à todos enfartàdos por las agallas como Sardinias en Lercha. Mucho sabèys, mucho podèys, y mucho mas hazèys. Bastàros devièra, vellacos, avèr mudado las perlas de los ojos de mi Señora en agallas alcornoqueñas, y sus cabellos de oro purissimo, en cerdas de cola de buey vermejo; y finalmènte todas sus faciones de buenas en malas, fin que le tocàrades en el olor; que por èl, si quièra, sacàramos lo que estàva encubièrto debaxo de aquella fea corteza; aunque para dezir verdàd nunca yo vi su fealdàd, fino su hermosura, à la qual subia de punto, y Quilates un lunàr que tenia sobre el labio derecho à manera de vigote con fiete ò ocho cabellos rubios como hebras de oro, y largos demas de un palmo. A effe Lunàr, dixo Don Quixote, segun la correspondencia que tienen entre si los del rostro con los del cuerpo, ha de tenèr otro Dulcinea en la Tabla del muslo que corresponde al lado donde tiene el del rostro; pero muy luengos para lunàres fon pelos de la grandeza, que has significado. Pues yo sè dezir à vueffa merced, respondiò Sancho, que

que le parecían allí como nacidos. Yo lo creo, amigo, replicò Don Quixote, porque ninguna cosa pùso la naturaleza en Dulcinèa, que no fuèsse perfecta, y bien acabada: Y assi, si tuvièra cien lunàres, como el que dizes, en ella no fuèran lunàres, sino lunas, y estrellas resplandecièntes. Pero dime Sancho, aquella que à mi me pareció albarda, que tu adereçaste, era filla rafa, ò fillon? No era, respondiò Sancho, sino filla à la Gineta con una cubierta de campo, que vale la mitad de un Reyno, segun es de rica. Y que no vièsse yo todo effo, Sancho, dixo Don Quixote? Aora torno à dezir, y dirè mil vezes, que sòy el mas defdichàdo de los hombres. Harto tenia que hazèr el focarròn de Sancho en dissimulàr la rifa, oyèndo las fandezes de su amo tan delicadamènte engañado. Finalmènte despues de otras muchas razones que entre los dos pasàron, bolvièron à subir en sus bestias, y figuièron el camino de Zaragoza, adonde pensàvan llegàr à tiempo, que pudièssen hallàrse en unas solemnes fiestas, que en aquella insigne ciudad cada año suelen hazèrse. Pero antes que allà llegàssen, les sucedièron cosas, que por muchas, grandes, y nuevas merecen sèr escritas, y leydas, como se verà adelante.

C A P I-

